

RECUERDOS CON HISTORIA, 149

CUCHILLOS DE ARTILLERÍA

Por Vicente Navarro

Hay que ver lo que nos agrada poder presentar cosas nuevas y sorprendentes a los que trabajamos temas que tienen cabida en estos Recuerdos con Historia, feliz iniciativa del amigo Juan L. Calvó.

En esta ocasión va de “cuchillos artilleros”. Pero que no se confundan los lectores/as pues no se trata aquí de los llamados cuchillos-bayoneta adecuados para su engarce en los fusiles. No es eso porque, aunque parezca extraño, va de cuchillos de mesa. Así, tal como suena, cuchillos diseñados para formar parte de las cuberterías de una época ya finiquitada pero que tuvieron su puesto en bien dispuestas mesas de comedor y, hoy, pasadas las décadas, en la Historia.

¿Cuchillos artilleros de mesa? ¿Es que los hubo de verdad? Naturalmente que los hubo y bien marcados que están para que nadie se confunda. Lo que ocurre es que hay que aclarar de dónde proceden, es decir, quién fue el fabricante y cuál era su destino.

LA FÁBRICA DE ARMAS BLANCAS DE TOLEDO

A la vista de este enunciado uno ya puede barruntar por dónde va la cosa. En la Fábrica de Toledo se hizo casi de todo. De todo lo que tuviera relación con hierro y acero: armas blancas para el Ejército, tijeras y bisturís para empleo en el Cuerpo de Sanidad Militar en hospitales y quirófanos; mesas, camillas y vitrinas para el mismo fin; “tenacillas, punzones y taladros” para uso de los estomatólogos y espanto de sus pacientes; alabardas para la Guardia Real; dagas, cuchillos de monte y puñales de capricho; cubertería de mesa y una infinidad de objetos de arte entre los que había alfileres, pitilleras, peinetas, pulseras, anillos, imperdibles, puños de acero para sombrillas...

En fin, una inacabable lista de elementos que, con más o menos suerte, bien han podido acabar en ilustradas vitrinas de museos o en colecciones particulares de calidad.

Y si no están ahí, o se han perdido o se han destruido.

LOS CUCHILLOS DE MESA

Una vez aclarada la variopinta producción de la Fábrica de Toledo, vayamos al asunto que nos ocupa: la cuchillería de mesa.

Tuvieron a bien los directivos de la Fábrica Militar -expresión con la que también se la conocía- que, como se sabe, eran oficiales de Artillería, de encargar a los operarios la fabricación de objetos para uso y empleo en las horas del condumio. De esta proposición salieron elegantísimas cuberterías de fino acero en las que no podían faltar tenedores y cuchillos.

En cuanto a cucharas y cucharones no está del todo claro. Al menos, en la documentación examinada, no aparecen.

Los cuchillos fueron de cinco tipos: los clásicos de cocina grandes y robustos, los trinchantes también de dimensiones generosas, los llamados “reguladores de cortes” con filo de sierra, los de mesa y los de postre. Esa es la panoplia.

Me voy a centrar en los dos últimos citados: mesa y postre. Para su fabricación se empezaba por escoger el acero adecuado a su finalidad que, como es lógico, no era para empleo en salas de operaciones quirúrgicas puesto que, para este delicado fin sanitario, los aceros debían de ser de una composición química que reuniera las condiciones de dureza que permitieran un trabajo de templado y revenido de alto nivel.

Para la cuchillería de mesa se escogía un “acero al carbono” (sic) con porcentajes de hierro, silicio, magnesio y azufre debidamente estudiados. El resultado, como no podía ser menos, era excelente, pudiendo presumir que la calidad de la cuchillería corría parejas, así lo escriben en la época, con la de la Casa Collins de USA, la que fabricaba, también entre otras muchas cosas, los conocidísimos “machetes cubanos” tan empleados en la Campaña de Cuba de 1895-98.

El día señalado para el banquete los anfitriones recurrían a su espléndida vajilla de finísima porcelana y a la elegante cubertería de Toledo, señaladas todas y cada una de sus piezas, por alguna de las marcas oficiales de la Fábrica y en las que se podía leer perfectamente: ARTILLERÍA FC^a DE TOLEDO. En la marca se incluían, como era muy natural, dos cañones en aspa bajo corona real. También aparecen otras marcas, menos “oficiales”, que obviaban los cañones o colocaban bien a las claras, la fecha de fabricación.

En función de la calidad de acabado que se deseaba, los cuchillos podían ir adornados con grabados, pavonados y dorados a gusto de los clientes. También, por supuesto, al igual que los bordados en la blanca mantelería de hilo, podían aparecer muy bien contrastadas, al aguafuerte, las iniciales del solicitante.

Imagino que en las más distinguidas mesas de los comedores para oficiales en los cuarteles o en las casas de militares y particulares que lo tuvieran a bien, lucirían espléndidos los cuchillos aquí tratados junto a las no menos lucidas copas de cristal de Bohemia y las argollas de cincelada plata para las servilletas.



Tres modelos de cuchillos procedentes de la Fábrica de Toledo. El grande era, siguiendo la nomenclatura de la Fábrica, el de mesa y los más reducidos, de postre. A destacar el distinguido grabado y sobredorado de los mangos con iniciales entrelazadas. También merece destacarse el cortante filo, que ocupa toda la zona llamada exterior de la hoja y, en el interior, un corto lomo plano, también llamado recazo tratándose de cuchillos, que ocupa solo un tercio apareciendo un “contrafilo”, menos afilado, en los dos tercios restantes.



Detalle del punzón en la hoja. Es la marca que tantas veces hemos visto en sables y espadas del siglo XIX y principios del XX. Queda clarísimo y no se presta a confusión alguna.



No he podido resistir la tentación de colocar en aspa, como mandan los más estrictos cánones de la Heráldica, esos tres imponentes ejemplares. A la izquierda la marca más “militar”, en la del centro se incluye la fecha de 1882

y a la derecha, con fecha de 1883, una marca sorprendente que, por lo especial, resulta poco conocida.



Fin del repaso. Conjunto de diversos y antiguos productos de la Fábrica de Toledo. Algunos con la fecha de fabricación. El estilete de la derecha incluye la palabra ARTILLERÍA.